

LA FIESTA DE LOS TOROS EN RENTERIA

FERANZANIS

No a título de erudición, sino de curiosidad, y creyendo ameno el tema, hemos escudriñado papeles antiguos, y vemos por ellos que siempre hubo, desde tiempos remotos, afición en Rentería a esta fiesta típica española, si bien los espectáculos que en diversas épocas se celebraron apenas salieron de la categoría de entretenimiento o fiesta popular, sin llegar a la de espectáculos serios. Seguramente, por ello el pueblo se divertía siendo actor en los mismos, lo que indica claramente su perduración en las fiestas patronales a través del tiempo.

Y para la debida ordenación de recuerdos, vamos a dividirlos en dos épocas: antigua y menos antigua, sin tocar para nada la moderna; con cuya distinción sencilla se verá qué poco variaron de una a otra época los espectáculos taurinos en Rentería.

* * *

El dato más remoto con que hemos tropezado en nuestra búsqueda alcanza a 1598. Hay una libranza de esta época por la que se manda «pagar a Esteban de Maincia tres ducados por coger un toro para regocijar la fiesta de la Magdalena».

También hay otra de 5 de octubre de 1661, por la que se manda al señor jurado mayor, Bernardo de Aguirre, «tres mil maravedíes de vellón por mil y quinientas garrochas que se emplearon en la fiesta de toros de Santa María Magdalena». (Por lo visto—o por lo leído, mejor dicho—serían muchos los toros corridos para emplear tantas garrochas.)

En 1798 también se corren toros, ya que don Juan Bautista Portu, alcalde, saca a remate la construcción de barreras, que importa cien y más ducados.

En 1805 se prohíbe en absoluto, por real mandato, dar fiestas de toros y novillos de muerte. El rey Carlos IV fue quien las prohibió.

Vemos en 1820 una curiosa y económica cuenta presentada por el regidor decano, don Ignacio de Irigoyen, por poner y quitar barreras, con inclusión del coste de garrochas y banderillas que se emplearon para las novilladas, que asciende a la módica suma de ciento setenta y siete reales de vellón.

Muy curiosa es una carta firmada en Deva el año 1825 y dirigida por don Juan Bautista Eguía a don Sebastián Sorondo, seguramente alcalde de Rentería. En ella comunica el primero al segundo que ha hablado con «el Zapaterillo» y «el Marinero», que son los mejores toreros conocidos por aquellas cercanías y que vendrán a lidiar los toros en los tres días que señala, juntamente con otro compañero y alguno más, «porque dos hombres en la plaza son pocos». Tienen que marchar el día 27 a Bermeo, pero vendrán por mil reales y los brindis libres (o sea, el sablazo). Si se quiere, pueden traer novillos de Deva, que hay en aquella jurisdicción. Serían los de Lastur, en Iciar.

Estos, seguramente, serían toreros de pueblo, honrados artesanos o quizá bohemios trashumantes que de pueblo en pueblo se sacaban modestamente la vida con la ayuda de los «brindis libres».

En 1827 se prohíbe torear al pueblo, permitiéndose únicamente a los toreros, señalándose al contratista del tablado o tendido la condición de cobrar dos reales de vellón por plaza.

Hay una curiosa petición de don Juan Ignacio Aldaco para poner tablados «en las cabezas o tramos que caen hacia la fuente pública y por la banda de Capuchinos, de un extremo al otro de ambos lados». No atinamos a discernir qué lugar es este que indica el peticionario, a no ser el lado norte de la antigua plaza del Arrabal, hoy de los Fueros.

En los años siguientes, nada de particular aparece en los viejos papeles que hemos manejado. Únicamente solicitudes y cuentas de barreras y tablados, prueba de que la fiesta seguía arraigada y perenne en los programas de regocijos populares.

Y entramos en época más moderna.

El año 1892, varios vecinos de la calle de la Magdalena solicitan permiso para correr un novillo, a las once de la mañana, el día de la Octava del Corpus. Firma la instancia Antón Arruabarrena y aunque dice «siguen las firmas», no aparece ninguna más. A pesar de esta poca unanimidad—rencillas de vecinos, seguramente—el novillo se corrió y no fueron los que menos disfrutaron de sus incidencias don Aquilino Amezua y don José Egurrola, por dar la coincidencia de que en aquella época se estaba montando el órgano de la parroquia, construido por el primero.

En los años siguientes, hasta el noventa y ocho, alcanzaron gran nombradía las novilladas renterianas de toros embolados para el público, que se daban en la que hoy es plaza de los Fueros. En barreras desmontables que ponía el ayuntamiento se apiñaba una multitud bullanguera, de la que salían toreros con vocación de astronautas, por lo mucho que andaban por los aires.

Coincidió aquella época con la edad de oro del pelotarismo, y como Rentería tuvo muy buenos pelotaris, éstos, gente alegre y rumbosa, organizaban pintorescas becerradas con mozos del pueblo.

Hubo una en que los toreros eran «Azo», Ramón Zalacain, Aldaco, «Muxarra», Juanito Pola y otros más, llevando al frente al famoso «Mari Trampa», hermano de Victoriano Gamborena, de alguacillillo.

En cierta ocasión, a un torete que se escapó lo trajo Zalacain, un *morrosko* imponente, sujeto por los cuernos y debajo del brazo.

Nota cómica en los embolados, además de los torerillos que venían de los contornos, fue el celeberrimo Artola, especie de precursor de «Charlot», que hipnotizaba a los novillos, y no con su físico, ciertamente, ya que era cojitranco y con un



Reproducción de un grabado en color, de V. Cobreros, publicado en OARSO de 1931.

brazo y una mano anquilosada y vueltos del revés, pero tan gracioso y atrevido que era el principal aliciente de aquellas bullangueras o incopiabiles fiestas, haciendo diabluras entre los morlacos, como arrodillarse de espaldas, tocarles el testuz y, finalmente... evolucionar por la atmósfera para refrescarse, ya que el morapio acumulado le inspiraba sus inauditos atrevimientos.

Grandísima concurrencia acudía, como decimos, a estas novilladas. Un año presenció la fiesta el rey don Alfonso XIII, siendo aún un niño, con su augusta madre, desde el balcón del segundo piso de la casa número 19 de la plaza del Arrabal, hoy de los Fueros. Se trata de la casa en cuyo bajo está establecido actualmente un importante comercio.

Más tarde, hacia el año 1899 o 1900, con motivo de la subida al ayuntamiento del partido liberal, hubo conatos de una becerrada aristocrática, trayéndose un toro, que decían iban a lidiar, de una ganadería de Peralta.

* * *

Pero resultó que aquel bicho era un torazo respetable y hubo que bajarlo del vagón de ferrocarril en donde vino con la cabeza cubierta con un saco y amarrado a una maroma que sujetaban todos los carniceros del pueblo, y aun así, daba botes impresionantes que hacían temer algo gordo. Debíó ser una broma de un concejal muy aficionado a reírse del terror ajeno, y hubo que apuntillararlo en el matadero. Aquel año, en compensación, hubo bueyes ensogados por la mañana, por las calles de la villa, con gran aceptación del público.

Por el año 1899, las disposiciones de Lacierva acerca de las capeas obligaron a suprimir este número de embolados, tan castizo, y tuvo el Concejo que organizar fiestas de toros de puntas, con toreros que, claro es, dado el presupuesto de los festejos, no podían ser el Guerra, ni Reverte, ni el Algabeño, habiendo que echar mano de «Riojanito», un gañán patizambo, fuerte y torpón, que toreó varias novilladas con un ojo en el toro y otro en los balcones de la plaza, a la busca y captura de personajes a quien colocar uno o varios brindis.

Estimulado por la aceptación de estas parodias de corridas, un empresario, «de repente», se animó a organizarlas en el frontón fuera de época de fiestas y tuvo algunos éxitos económicos, aunque por querer estrujar mucho el limón vino a empequeñecer las fiestas que organizaba, que ya de por sí no eran muy grandes.

Fue un episodio notable, el año 1905, la odisea del «Barbi», un barberillo jacarandoso, a quien sus clientes, en especial un médico sumamente taurómico y guasón, animaron a que se atreviese a despachar dos toretes en la plaza del frontón.

Jactábase el tal figaro de haber ya banderilleado en corridas serias y tal. Por fin, y tras muchos cabildeos, decidióse a matar los novillos, pero no contaba con la huéspedada. El primero que lidió era un infeliz choto que ni embestía, y lo descordó en una huída. El otro era un novillito de nervio y patas ligeras, de casta de Lastur, que aunque no estaba toreado, tenía todas las intenciones de su raza de morucho pueblerino.

El buen «Barbi», que era bastante enclenque, no podía con la muleta. También alegaba que el estoque era de plomo y se le doblaba. Todo esto, naturalmente, eran visiones del miedo espantoso que el pobre rapabarbas tenía.

Presidió la fiesta el entonces cabo de la guardia municipal, que indignado por el mieditis de nuestro hombre no halló más medio de terminar aquello que bajar a la plaza, dejando su elevado sitio, y cogiendo del brazo al émulo de Cúchares, zamparlo en la perrera, vestido de torero como estaba y dolorido de algunos coscorrones que el torete le administró.

En los años siguientes desfilaron por el frontón varios modestos novilleros: Bernalillo, Valerito, Alvaradito, Venadito, Lladito, Navarrito de Bilbao (?) y otros muy modestos coletudos.

En 1925 se hizo un ensayo de novilladas en el terreno de la fábrica Olibet, y fue empresario el ayuntamiento. Por cierto, que aquel año, con motivo de la colocación de la primera piedra del monumento a los hijos ilustres, hubo una capea aristocrática en la que se lucieron la medicina, la arquitectura y la farmacia, por medio de sus representantes, saliendo necesitada de algo de árnica la última de dichas especialidades.

Más tarde actuó un torerito muy apañado, Calderón de la Barca, a quien un apoderado poco humano llevó a un fracaso muy sensible, pero que, afortunadamente, no perjudicó su carrera de novillero.

Poco tiempo después se celebró una lucidísima becerrada a favor de los huérfanos ferroviarios con la actuación de Llapisera y, en fechas más recientes, poco tiempo antes de la guerra, aficionados de la localidad, juntamente con elementos de algunos pueblos de la comarca, y en un solar que existía entre Laboratorios Carasa y el frontón, dieron un lucido espectáculo, lidiando cuatro novillos que dieron buen juego y mucha guerra.

En esta misma plaza desmontable, y por esta misma época, se lució nuestra máxima figura torera: Chiquito de Rentería, que obtuvo señalados éxitos por distintas plazas de España. Como preludeo de estas últimas novilladas, y con buen número de corredores, se celebró por primera vez un encierro en Rentería al estilo sanferminero. El itinerario de este espectáculo, hasta entonces desconocido en nuestro pueblo, fue: avenida de L. Zalacain, plaza de los Fueros (por junto a Leturia), calle Vicente Elícegui y, por detrás del frontón, a la plaza de quita y pon.

Eran épocas, ya un poco lejanas, en las que las piernas nos pesaban menos y no vivíamos tanto de nostalgias y recuerdos.